

LA PASIÓN Y MUERTE

DE

CRISTO NUESTRO REDENTOR

Nuestros grandes ascéticos del siglo de oro. Fray Luis de León, de la Orden de San Agustín;

Fray Luis de Granada, de la Orden de Santo Domingo; y Reverendo

Padre Luis de La Palma, de la Compañía de Jesús.



LA MAGDALENA De Leonardo de Vinci.



DOLORES De Bartolomé Esteban Murillo.

Mañana, Viernes-Santo, para que nuestros redactores y operarios puedan dedicarse a solemnizar el día sagrado, y en testimonio de veneración y religioso afecto hacia la Pasión de Cristo Nuestro Señor, no se publicará EL DEBATE.

LOS TRENOS

¿Qué sola y desolada. La ciudad populosa. En las gentes famosas. Como viuda, está desconsolada!

Como en lagar pisadas. Con violencias jamás imaginadas. Por esto lloro tanto. Y mis ojos, cual fuentes. Vertiendo están de llanto. Caudalosas corrientes; Que de mí se desvia.

Los tormentos del Redentor en la Sagrada Pasión

Pues fué Cristo, demás de ser manso y humilde, más ejercitado que ningún otro hombre en la experiencia de los trabajos y dolores humanos. A la cual experiencia sujetó el Padre á su Hijo, porque le había de hacer REY verdadero, y para que en el hecho de la verdad fuese perfectísimo REY, como San Pablo lo escribe (Ad Hebr., c. II, vv. 10, 11): Fué docente que Aquel de quien, y por quien, y para quien son todas las cosas, queriendo hacer muchos hijos para los llevar á la gloria, al principio de la salud de ellos le perfeccionase con pasión y trabajos; porque el que santifica y los santificados han de ser todos de un mismo metal.

decir frío, vivió en extremada pobreza, cansóse y desvelóse, y anduvo muchos caminos, sólo á fin de hacer bienes de incomparable bien á los hombres. Y para que su trabajo fuese trabajo puro, ó por mejor decir, para que llegase creciendo á su grado mayor; de todo aqueste afán, el fruto fueron muy mayores afanes; y de sus tan grandes sudores, no cogió sino dolores, y persecuciones y afrentas; y sacó del amor, desamor; del bien hacer, mal padecer; del negociarnos



DESCENDIMIENTO (De Cristóbal Morales, pintor sevillano de primeros del siglo XVI.)

la vida, muerte extremadamente afrentosa; que es todo lo amargo y lo duro á que en este género de calamidad se puede subir. Porque si es dolor pasar una pobreza y desnudez, y mucho desvelamiento y cuidado; qué será cuando por quien se pasa no lo agradece? qué cuando lo desconoce, lo desagrada, lo maltrata y persigue? Dice David en el Salmo (Ps. xxxvii, v. 12): Si quien me debía enemistad me persiguiera, fuera cosa que la pudiera llevar; mas mi amigo, y mi conocido, y el que era un alma conmigo, el que comía á mi mesa, y con quien comunicaba mi corazón. Como si dijese, que el sentimiento de un semejante caso venía á cualquier otro dolor. Y con ser así, pasa un grado más adelante el de Cristo. Porque no sólo le persiguieron sus suyos, sino los que por infinitos beneficios que recibían de El, estaban obligados á serlo; y lo que es más, tomando ocasión de enojo y de odio, de aquello mismo



LA VIRGEN, ACOMPAÑADA DE LAS TRES MARIAS Y DE SAN JUAN EVANGELISTA, CAMINO DEL CALVARIO. (De Valdés Leal.)

divina honra, de aquellos mismos que agora le despreciaban, ocho días antes le hicieron. Y tuvo por bien que casi se encontrasen en sus oídos las voces de Hosanna, hijo de David, y de Bendito el que viene en el nombre de Dios; con las de ¡Crucifícale! ¡Crucifícale! y con las de Veis el que destruya y reedificaba el templo de Dios en tres días, no puede salvarse á sí, y pudo salvar á los otros. Para que lo desengañe de ellas, y la contrariedad que entre sí tenían con las unas las otras, causase mayor pena en su corazón.

Suele ser descanso á los que de esta vida se parten, no ver las lágrimas, y los sollozos, y la tristeza afidida de los que bien quieren: Cristo la noche á quien sucedió el día último de su vida mortal, los juntó á todos, y comió con ellos viandas, y les manifestó su partida, y vio su congoja, y tuvo por bien verla y sentirla, para que con ella fuese más amarga la suya. Qué palabras nos dijo en lo que platicó con ellos aquella noche? Qué enterrecimientos de amor. Que si á los que agora los vemos escritos, el oírlos nos enterrece, qué sería lo que obraron entonces en quien los decía? Pero vamos adonde ya El mismo, levantado de la mesa y caminando para el huerto de aquel camino; sino un clavo nuevo que le hería, llevándole al pensamiento y á la imaginación la prisión y la muerte, á que ellos mismos le acerbaban buscándole? Mas qué fué lo que hizo en el huerto, que no fuese acrecentamiento de pena? Escogió tres de sus discípulos para su compañía y conhorto, y consintió que se venciesen del sueño, para que con ver su desuido de ellos, su cuidado y su pena de El creciese más.

Derrocóse en oraciones del Padre pidiéndole que pasase de El aquel cáliz, y no quiso ser oído en aquesta oración. Dejó desear á su sentido lo que no quería que se le concediese, para sentir en sí la pena que nace del desear y no alcanzar lo que pide el deseo. Y como si no le bastara el mal y el tormento de una muerte que ya le estaba vecina, quiso hacer, como si dijésemos, vigilia de ella, y morir antes que muriese, ó por mejor decir, morir dos veces, la una en el hecho, y la otra en la imaginación de El. Porque después por una parte á su sentido inferior de las consolaciones y esfuerzos del cielo, y por otra parte le puso en los ojos una representación de los males de su muerte, y de las ocasiones de ella, tan viva, tan natural, tan expresa, y tan figurada, y con una fuerza tan eficaz, que lo que la misma muerte en el hecho no pudo hacer sin ayudarse de las espinas y el hierro, en la imaginación y figura por sí misma y sin armas ningunas lo hizo. Que le abrió las venas, y sacándole la sangre de ellas, habló con ella el sagrado cuerpo y el suelo. Qué tormento tan desigual fué este con que se quiso atormentar de antemano! Qué hambre, ó digamos, qué codicia de padecer! No se contentó con sentir el morir, sino quiso probar también la imaginación y el temor del morir lo que puede doler. Y porque la muerte súbita, y que viene no pensada y casi de improviso, con un breve sentido se pasa; quiso entregarse á ella antes que fuese. Y antes que sus enemigos se la acarreasen, quiso traerla El á su alma, y mirar su figura triste, y tender el cuello á su espada, y sentir por menudo y de espacio sus heridas todas, y avivar más sus sentidos, para sentir más el dolor de sus golpes, y como dije, probar hasta el cabo cuánto duele la muerte, esto es, el morir y el temor del morir.

Y aunque digo el temor del morir, si tengo de decir, Juliano, lo que siempre entendí acerca de esta agonía de Cristo, no entiendo que fué el temor el que le abrió las venas, y le hizo sudar gotas de sangre. Porque aunque de hecho temió, porque El quiso temer, y temiendo probar los accidentes ásperos que trae consigo el temor; pero el temor no abre el cuerpo ni llama á fuera la sangre, antes la recoge adentro, y la pone á la redonda del corazón, y deja frío lo exterior de la carne, y por la misma razón aprietta los poros de ella. Y así no fué el temor el que sacó á fuera la sangre de Cristo, sino si lo hemos de decir: con una palabra, el esfuerzo, y el valor de su ánimo, con que salió al encuentro, y con que al temor resistió ese con el tesón que puso le abrió todo el cuerpo. Porque se ha de entender que Cristo, como voy diciendo, porque quiso hacer, prueba en sí de todos nuestros dolores, y vencerlos en sí, para que después fuesen por nosotros más fácilmente vencidos; armó contra sí en aquella noche todo lo que vale y puede la congoja y el temor, y consintió que todo ello de tropel, y como en un escaudrión moviese guerra su alma. Porque figurándole todo con no creíble viveza, puso en ella como vivo y presente, y lo que otra día había de padecer, así en el cuerpo con dolores, como en esta misma alma con tristeza y congojas. Y juntamente con esto, hizo también que considerase su alma las causas, por las cuales se sujetaba á la muerte, que eran las culpas pasadas, y por venir de todos los hombres, con la fealdad y grovesa de ellas, y con la indignación grandísima, y la encendida ira que Dios contra ellas concibe: Y ni más ni menos consideró el poco fruto, que tan rícos y tan trabajados trabajos, habían de hacer en los más de los hombres.

Y todas estas cosas juntas y distintas, y vivísimamente consideradas, lo acometieron á una, ordenándole El, para ahogarle y vencerle. De lo cual Cristo no huyó, ni rindió á estos temores y fatigas apocadamente su alma, para vencerla, les embotó como pudiera, las fuerzas; antes como he dicho cuanto fué posible se las acrecentó; ni menos armó á sí mismo y á su santa alma, y con insensibilidad, para no sentir; antes despertó en ella, sus sentidos; ó con la defensa de su dignidad, bañándola en gozo, con el cualno tuviera sentido el dolor; ó á lo menos el pensamiento de la gloria y bienaventuranza divina, á la cual por aquellos males caminaba su cuerpo, apartando su vista de ellos, y volviéndola á agasajar otra consideración; ó templando siquiera la una consideración con la otra: sino desnudo de todo esto, y con solo el valor de su alma y persona, y con la fuerza que ponía en su razón el respeto de su Padre, y el deseo de obedecerle, les hizo á todos cara, y luchó, como dicen, á brazo partido con todos, y al fin lo rindió todo, y lo sujetó debajo sus pies. Mas la fuerza que puso en ello, y al estrivir la razón contra el sentido, y como dije, el tesón generoso con que aspiró á la victoria, llamó á fuera los espíritus y la sangre, y le derramó. Por manera, que lo que vamos diciendo, que gustó Cristo de sujetarse á nuestros dolores haciendo en sí pruebas de ellos, según esta manera de decir, aún se cumple mejor, porque no sólo sintió el mal del temor, y la pena de la congoja, y el trabajo que es sentir uno en sí diversos deseos, y el desear algo que no se cumple; pero la fatiga increíble del pelear contra su apetito propio, y contra su misma imaginación, y el resistir á las formas horribles de tormentos y males y afrentas, que se le venían espantosamente á los ojos para ahogarle, y el hacerles cara, y el peleando uno contra tantos valerosamente vencerlos con no oído trabajo y sudor, también lo experimentó.

Más de qué no hizo experiencia! También sintió la pena que es ser vendido y traído á muerte por sus mismos amigos, como El lo fué en aquella noche de Judas: El ser desamparado en su trabajo de los que le debían tanto amor y cuidado; el dolor de torcerse los amigos con la fortuna; el verse no solamente negado de quien tanto le amaba, mas entregado del todo en las manos de quienes le desamaba tan mortalmente. La calumnia de los acusadores, la falsedad de los testigos, la injusticia misma, y la sed de la sangre inocente asentada en el soberano tribunal por juez: males que solo quien los ha probado los siente. La forma de juicio, el hecho de cruel tiranía, el color de religión, adonde era todo impedida y blasfemia. El aborrecimiento de Dios, disimulando por defuera con apariencias falsas de su amor y su honra. Con todas estas, amarguras, templó Cristo su cáliz, y añadió á todas ellas las injurias de las palabras, las afrentas de los golpes, los escarnios, las beñas, los rostros y los pechos de sus enemigos bañados en gozo, el ser traído por mil tribunales, el ser estimado por loco, la corona de espinas, los azotes crueles; y lo que entre estas cosas se encubre y es dolorosísimo para el sentido, que fué el llegar tantas veces en aquel día de su prisión la causa de Cristo mejorándose á dar buenas esperanzas de sí, y habiéndolo llegado á este punto, el tornar súbitamente á empeorarse después.





